

cia lo había mantenido. Mezcláranse por un comercio incesante de ideas y de productos con los pueblos idólatras y arriesgarán mil veces la pureza religiosa del pueblo escogido. En punto á moral, cumpliránse las profecías dichas por Samuel, respecto de la corrupción monárquica. El harén se poblará con favoritas innumerables, á usanza de los asiáticos. La propia familia de David aparecerá manchada con toda suerte de crímenes. Su hijo Amán violará, desatentado, á su propia hermana y morirá herido y asesinado en presencia de su padre. Absalón, el de la hermosa y larga cabellera, se levantará en armas contra quien le dió el sér y la vida. La vejez de David fué tristísima. Sus más devotos historiadores la cuentan como sigue: «Y cuando llegó á la última edad, cubríanlo con dobles vestimentas, sin que jamás entrara en calor. Y sus servidores le decían que busquen para nuestro señor el rey una virgen joven y hermosa, la cual, con sus caricias, lo reanime y lo haga revivir entre sus brazos.» Antes de su muerte vióse constreñido á repartir la regia herencia, porque todo el mundo conspiraba contra él y en todas las conspiraciones había encontrado con tristeza las mujeres de su propio harén.

El carácter principal de la monarquía fundada por David se descubre y encuentra en la centralización concentrada sobre Jerusalén y en la idea de levantar un templo sólo para contener las tablas de la ley fijándolas y guardándolas en sitio preferente. Israel, que había constituido una federación de antiguo, alzóse contra tal absorbente unidad. Las

tribus protestaron de este predominio dado á una sola entre todos ellos, á la tribu de Judá. Hasta los sacerdotes oponían resistencias invencibles á tal innovación. Nómada el pueblo hebreo, bastábale una tienda para cubrir bajo aquel cielo clemente y luminoso el arca donde se guardaban las prendas eternas de su alianza estrechísima con Dios. Pero David, que deseaba imitar á los pueblos extraños, quería tener, como los reyes egipcios, un templo para su Dios, y, como los reyes caldeos, un palacio para sí. Las cuevas de la colina de Sión vieron un extraño espectáculo, vieron una procesión muy semejante á las procesiones paganas. Precedíanla sendos coros de melodiosos cantores; seguían á éstos las orquestas de músicos, alquilados muchos de ellos á las regiones vecinas; tras los músicos venían las hijas de Judá tocando los atambores á guisa de magas, y, por último, David, medio desnudo, con su corona en la cabeza y su arpa en las manos, quien danzaba y cantaba cual un astrólogo asirio. Jehovah iba con tales ritos quedándose como en su trono en la colina de Sión y pareciéndose á un vínculo exclusivo de la tribu de Judá. Pero este poder en Dios reconocido y este culto á Dios prestado, no mejoraban gran cosa, no, la parte moral del rey profeta. Casado con la hija de Saúl, so pretexto de que había permanecido estéril, poblaba cada vez más de favoritas y de siervas su portentoso harén. Y como los profetas le arguyeran y le amenazaban por tales costumbres, doblegábase con servil sujeción y humildad en su presencia para desfruncirles un ceño, al cual todavía miraba el pueblo. Natán

especialmente podía mucho en el monarca, por guardar un secreto como el asesinato de un oficial de su guardia para llevarse consigo su mujer, Bet-sabé, y colocarla en cabeza de su harén. Insistimos en estos puntos porque tales noticias caracterizan bastante más que todas las leyes el estado y condición social de las mujeres en Judea.

Salomón acaba las obras de su padre, el templo que David había ideado, la centralización que David había puesto en Jerusalén, el fraccionamiento de Israel por la supremacía de Judá y la mezcla de la vida hebraica con la vida completamente del resto de Asia. Leed las descripciones del templo y del palacio salomónicos dejadas por Ezequiel, y advertiréis como está copiado todo allí. El trono y los áureos escudos en derredor del trono colocados resultan copia del Egipto; las gruesas columnas con sus chapiteles de frutas y de flores, copias á su vez de Nínive y Babilonia; el templo con sus maderas olorosas entalladas en marfil y oro, copias de Jerusalén; el régimen monárquico sustentado por adivinos, y astrólogos, y hechiceros, copia de todos los despotismos asiáticos, pues las costumbres también se agravan y se corrompen todavía más que bajo el anterior monarca. La reina de Saba le visita por el renombre que alcanza en todo el mundo su poder y su hermosura, y le requiere de amores más que de alianzas. En su palacio el harén resulta como en cualquier palacio pagano de los viejos pueblos asiáticos, sitio primero y principal de la casa. En el harén penetran una hija del rey de Tiro, una hija del rey de los khetas, una hija de los Faraones del

bajo Egipto. Con estas mujeres mezclábanse los dioses de todos los templos y las supersticiones de todos los ritos. Por las noches dejábase conducir á las cumbres de colinas bañadas por la diosa luna, y allí, entre los resplandores de un oriental empíreo, respirando el aire tibio y embalsamado, entregábase á un voluptuoso culto asirio, cuyas innumerables sacerdotisas honraban como una gran virtud la cancerosa prostitución. Este hombre, tan enamorado y tan sensual, despreciaba en el fondo de su espíritu á las mujeres, pues en ninguna parte se aprende á despreciar la mujer caída y deshonrada como en el seno de un harén.

No podemos nosotros, ni entra en el objeto de nuestros estudios, examinar todas las fases históricas de Israel. Conocida y calificada ya la condición que la mujer obtiene allí, cúmplenos ver ahora aquellas mujeres que influyen más en Israel y que dejan nombre más célebre y más divulgado en la historia. Entre estas mujeres ha inmortalizado el arte á la célebre Atalia. Hija de Achab, rey de Israel, y esposa de Joram, rey de Judá, quiso llevar al templo de David los altares de Baal. Madre de un príncipe que debía heredar el trono, creyóse destinada bajo el nombre y advocación de su hijo á reinar sobre los judíos. Pero la muerte de aquél, en quien libraba todas las esperanzas, desconcertó sus propósitos y frustró sus planes. Lo que no pudo frustrarse ni perderse fué aquel cúmulo de ambiciones metidas en las entrañas de su corazón. Cruel como todos los ambiciosos, ningún escrúpulo acertó á contenerla, y dió muerte á todos los prín-

cipes aptos para sustituirla. Uno solo escapó á sus asechanzas, educado por el gran sacerdote Joab en sitio del templo inaccesible á las mujeres. Seis años de silencio y de recogimiento consumió en recinto tan sagrado aquel que podía disputar el trono á la feroz furia. Y cuando Atalia le imaginaba muerto, desaparecido entre tantos como había ella inmolado, surgió, como si resucitase, á disputarle á la usurpadora su manchado trono. En cuanto el pueblo supo que un príncipe de regia sangre respiraba todavía, lanzóse al templo con precipitación y le aclamó con verdadero entusiasmo. La reina corrió al reclamo de las vociferaciones populares y encontróse con que un rival, circuido de guardias, y de sacerdotes, y de muchedumbre, la había quitado su altísimo puesto. Como á las ambiciones acompaña el valor siempre, Atalia rasgó sus vestiduras en señal de terrible duelo, y extendiendo los brazos al recién elevado rey, le maldijo con feroces maldiciones. Tal desacato concitó la ira popular, que, cayendo furiosa y de golpe sobre aquella usurpadora reina, la trucidó en cien pedazos para que no quedase de usurpación y tiranía semejantes ni siquiera la memoria. Con el trono y con la corona de Atalia rodaron por el suelo también los idólatricos altares de Baal.

Todas estas corrupciones, que tanto contrariaban el fin histórico de Israel, contamináronle con irremediabiles enfermedades y condujéronle á una terrible decadencia. Las puertas del templo fueron arrancadas, las piedras del santuario dispersas, rasgados los velos del altar, puestos los ídolos en las

aras para Jehovah reservadas, conducidos los predilectos del Señor á la cautividad, y Sión, viuda, envuelta en los toscos sayales de penitente, sobre su cilicio tendida, lloró con lágrimas tan amargas que aun contristan al mundo y oscurecen el cielo. Cautividad en Babilonia, cautividad en Nínive, regreso al valle de Gessé, lamentaciones bajo los sauces y á las orillas del Éufrates, trabajo servil, castigos irreparables, dispersión por los desiertos, he ahí todo cuanto cayó sobre Judá como consecuencia irremediable de sus contaminaciones horribles con la idolatría extranjera. En esta grandísima desgracia sólo tuvo dos consuelos: el uno sus profetas, que levantaron la Jerusalén ideal sobre aquella Jerusalén cubierta de lepra por la tiranía y por la servidumbre, y el otro algunas raras pero heroicas mujeres, las cuales, bien al revés de Atalia, combatieron junto al pueblo en la hora de sus grandes peleas y procuraron endulzar la suerte del pueblo en la hora de su cautiverio. Con estas indicaciones ya creemos haber indicado también las mujeres mencionables, ó sean Rut, Esther, Judit, por quedarnos tan sólo en las más renombradas y célebres.

Estas tres mujeres dan su nombre á tres libros que realmente constituyen una parte importantísima de la literatura hebraica. Judit salvó Betulia, su tierra natal, de Holofernes, terrible caudillo asirio. El hecho de Jahel se repite poco más ó menos en esta narración. Es verdad que mientras el general cananeo va en busca de Jahel, Judit va en busca del general asirio. Y, en efecto, lo encuentra en su tienda, lo deslumbra con su riqueza, lo embo-

rracha con su vino, lo enloquece con su amor, y cuando á tantos placeres y á tantas voluptuosidades rendido, siente los asaltos incontrastables del sueño que traen consigo los vicios, le corta la cabeza y salva con tal hazaña de horroroso asedio á su amenazado pueblo. El libro de Ruth, bien al revés del libro de Judit, resulta un verdadero idilio. La vida del hogar mezclada con la vida del campo exalta con exaltación sublime á la mujer. Así no puede nombrarse á Ruth sin que su dulce nombre traiga consigo la imagen de las espigas, en las cuales canta la cigarra y al pie de las cuales lucen las amapolas. Esther quiere decir estrella. Su hermosura hiere al rey de Persia, conocido en la Biblia con el nombre de Asuero, quien para curar esta herida la requiere de amores y la logra, dándola á cambio el nombre de su esposa y la corona de su reino. Un su favorito, que le dominaba como suelen todos los privados en Oriente, aborrecía con terrible aborrecimiento á los judíos. Para satisfacer esta negra pasión movió el ánimo de Asuero á degollarlos á todos en una noche. Súpolo Esther, y valiéndose de sus gracias, de su ingenio, del influjo ejercido por ella sobre Asuero, libertó al pueblo de Israel, quien hoy mismo celebra una fiesta en conmemoración de tal hecho, uno de los timbres mayores y más gloriosos por la mujer hebrea presentados á la consideración y al aplauso de la historia.

Resumamos ahora, pues, cuanto hemos dicho en las anteriores narraciones acerca de la condición alcanzada por la mujer en Israel. A pesar de todos los tipos que ya hemos presentado, la mujer no

llega entre tales familias semíticas al punto altísimo de consideración que le prestaran las familias arias. Realmente más parece la sierva que la compañera del hombre. Dueño y marido resultan palabras sinónimas en hebreo, al decir de grandes lexicógrafos. Aquellos pueblos explotaban á sus mujeres. Necesitados á una de multiplicarse para buscar en los muchos brazos y en las múltiples labores la manutención de su tribu, el hebreo solamente pedía y aguardaba de las mujeres hijos. De aquí, de tal necesidad en las razas orientales, tanto para combatir como para trabajar, proviene la poligamia, tan floreciente, como hemos visto ya, en tiempo de los primeros patriarcas, y tan preferida por los reyes. Los matrimonios entre los hebreos se convienen por medio de verdaderos embajadores. En los tratos semidiplomáticos que preceden á la unión de los jóvenes, entra más el interés de la familia ó de la tribu que la pasión del amor. El novio paga la novia dándole al suegro futuro la suma de su compra. El harén existe, y el harén se llena por medio de raptos y levas. Bien al revés que en los tiempos cristianos, la virginidad no alcanzó favor alguno en los tiempos bíblicos. Allí se quería madre á la mujer, y se la estimaba por su fecundidad. Parecía el timbre mayor los muchos partos, y recibían la posteridad ó la prole como un dón de los cielos. Mujer hubo, como la viuda célebre de Eer, que se dió al padre de su propio esposo, tan sólo para tener un hijo de aquel terrible incesto. La hija de Jephthé, acercándose al sacrificio, lloraba el que su vida resultase inútil por morir

completamente virgen. El contacto y comercio con las razas arias, ó sean los filisteos de Creta en Palestina y los iraníes de Media en Asiria, endulzaron un poco la triste condición de la mujer, destruyendo los pensamientos y los caracteres semíticos, en los cuales habíase fundado la familia patriarcal. Los proverbios de Salomón dignifican un tanto á la mujer hebrea. El hogar ya no parece harén, sino templo. Al pie de su trípode, sobre la cual chisporrotea la vieja lámpara, hila el vellón cortado del carnero y el lino segado en la campiña. Madrugadora, se levanta cuando todavía no se han acostado las estrellas, y próspera, granjea todos los bienes indispensables á la casa. Así, en tal ministerio, distribuye á los criados el trabajo y cuida con amor de la siembra y de la cosecha. Conforme va emancipándose la mujer, va también la ley hebraica rompiendo los antiguos yugos puestos por las costumbres y cambiando la vieja levadura social. ¡Cuán corrompida no estaría la sangre de Israel, cuando las leyes prohibían la venta de sus hijas por los padres y el ayuntamiento de los hijos con las madres! El adulterio quedó al cabo entre los grandes crímenes, y la mujer se fué poco á poco purificando y engrandeciendo para que viniesen los grandes tiempos, los tiempos del Mesías prometido á las naciones. Pero antes de tales tiempos debemos ver Grecia y Roma.

Cierto que antes de Grecia y Roma debíamos estudiar Fenicia y aun los pueblos mongólicos. Pero como estos últimos, la China y el Japón especialmente, quedan en la historia tan aislados é influyen

tan poco en la civilización universal hasta que aparecen por medio de las razas turcas, hemos creído mucho mejor dejarlos para otra coyuntura, donde su influencia se manifieste más palpablemente, y seguir el curso de la cultura universal que desagua en la predilecta y hermosísima Grecia. El Asia Menor, la Lidia, la Fenicia, por su parte, debían también atraer nuestra curiosidad y provocar nuestros estudios. Mas como quiera que sea el Asia Menor un compendio, y sólo un compendio de la grande Asia, la familia reaparece allí con las mismas condiciones esenciales ya estudiadas, y no exige una particular atención. Semitas los fenicios, el semitismo les llevaba de suyo al matrimonio polígamo, ya visto en otras regiones de Asia. El Egipto influyó soberanamente sobre Fenicia por entrar en los principios faraónicos la sumisión de tal pueblo, y caracteres egipcios del hogar y de la familia se mezclan allí con los caracteres nativos del semita. El Asia Menor, la Fenicia, la Lidia, de tal modo influyen sobre la vida griega, que no puede separarse una región de otra región vecina sin descoyuntar sus organizaciones mutuas, y sin poner una especie de incomprendible paréntesis en la serie de términos por los cuales va desarrollándose el alma de la historia y sus manifestaciones varias, entre las que descuella el estado social de la mujer, á quien le ha dado la naturaleza el ministerio de madre, y con el ministerio de madre sacrosanta el fin supremo de perpetuar y educar al humano linaje.

Pero entrémos en el examen de la cultura helénica, entremos. Antes de caracterizar las diferencias

propias que distinguen y separan al pueblo griego de los demás anteriores, conviene pararse ante algunas leyes generales muy dignas de nota y atención. Las religiones antiguas revestían al padre de un carácter verdaderamente sobrenatural. Como quiera que no podrá jamás la familia primitiva fundarse y sostenerse sino por medio del patriarcado, al patriarca le darán de consuno códigos y costumbres un poder semejante al poder mismo de los dioses. En la generación, el padre, antes que la mujer, comunica y enciende la vida, según la creencia universal de todos los antiguos tiempos. La mujer alimenta dentro del seno materno al hijo, lo nutre á sus pechos, pero no le comunica el soplo vital, recibido siempre, según los antiguos, del amor y del espíritu de los padres. Esquilo, poeta perteneciente á los tiempos hieráticos de Grecia, dice todo esto con una grande fuerza, cuando dice por boca de Apolo á la madre que sólo ha sido la depositaria del germen nuevo y la nodriza del niño recién llegado. Así en los funerales antiguos, en los templos donde á los penates rinden estos pueblos clásicos el culto familiar sobre las aras domésticas, descúbrese tan sólo un culto, el culto á los abuelos. Cuando el romano enterraba un héroe ó un emperador, poníalo sobre lecho fastuoso antes de su cremación, y para más honrarlo, hacíale preceder de los bustos varios de sus antepasados, excluyendo completamente las mujeres. Veíanse los abuelos en aquellas largas procesiones, cual podemos observar por los varios bustos, aun hoy existentes, pero no se veían de modo alguno las abuelas, por haberlas elimina-

do el vulgar y común sentir del seno de las generaciones. Y conviene mucho detenerse aquí en esto, porque nos explica la causa y razón de las sumisiones impuestas al sexo hermoso por las viejas leyes y por las viejas costumbres. Y debemos decirlo. Esta subrogación de la mujer al hombre resulta mayor á medida que vamos subiendo al origen de las sociedades en el transcurso de los tiempos.

Una de las primeras instituciones antiguas es el culto á la familia. ¡Oh! La piedra de los hogares no mantiene solamente la lumbre, á cuyo amor recuecen los alimentos; mantiene también la llama divina del culto de los abuelos. Cada griego se cree derivado por natural genealogía de los dioses, y adscrito á una especie de orden divina, la cual tiene por objeto primero guardar la memoria de los antepasados. Así, cuando los griegos se acercan á su amplia cocina y se reúnen alrededor de la piedra donde arde la lumbre, ofrecen libaciones y bendicen la comida, entonando cánticos religiosos, sagrados. Y como la familia no vivía solamente para sí, para su tiempo, sino que se dilataba en los tiempos antiguos, el hijo era indispensable y como indispensable subseguía el divorcio ó separación entre los maridos y las mujeres de suyo estériles. Cuando no había hijos naturales, ni legítimos, optábase por el medio de la tradicional adopción á tenerlos, pues creían las familias mucho más saludable apelar á esto que acabarse y extinguirse dejando baldío el culto á los abuelos. Todo los adoptados por una familia debían renunciar á los ritos propios de sus abuelos y entrar en los ritos propios

de aquellos que los habían adquirido. Por consecuencia, los vivos guardaban á una en las familias antiguas su consustancialidad con los muertos. La generación viviente así aparecía como una flor ó como un fruto que al aire libre ostentara sus colores y sus aromas, pero cuyas raíces todas se hundieran en sepulcro levantado sobre los abismos de la eternidad. El vivo llevaba en sí los muertos y creíase por ellos, por su memoria, por su cariño, por sus revelaciones continuas, en comunicación estrecha con los cielos. Por tal creencia cada casa un templo, cada cocina un santuario, cada hogar un ara, el fuego indispensable para la vida ordinaria una especie de llama sacra inextinguible, á cuyo ardor no se cuecen los alimentos tan sólo; también se avivan las almas, comunicándose por el recuerdo con las generaciones extintas y por las esperanzas con las generaciones próximas á llegar.

El amor entre la familia viva se fundaba en el amor á la familia muerta. ¡Oh! La perpetuidad aquí abajo del hombre quitaría muchos misterios á la vida, pero también muchas verdades á la inteligencia. El más utilitario y materialista de los mortales ha de hallarse por fuerza en presencia de un acto trágico á la postre de su existencia, el cual no podrá explicar sino relacionándolo con la inmortalidad, y, por ende, con algo ingenuamente divino. Del seno de los sepulcros han brotado las religiones, como del seno de las religiones han brotado las artes, conduciendo así todas estas escalas al espíritu desde las sombras donde los cadáveres yacen hasta las perpetuas y diáfanas clari-

dades etéreas. El culto prestado por los griegos á los muertos resulta, después de bien conocido, muy superior al culto de los egipcios, que creían el alma confundida con el cuerpo en la momia, y muy superior al culto de los indios, que creían el alma transformándose de suyo sucesivamente y revistiendo formas diversas en distintos organismos. El griego creía en su culto á los muertos que sustancia diversa del cuerpo se contenía en el alma, y que esta sustancia, por su espiritualidad, alcanzaba vida y caracteres inmortales. Algún dejo materialista quedaba todavía en la costumbre de apereibir viandas para los muertos y ofrecerles manteca, leche, aceite, aun arroz, restos de antiguos ritos egipcios; pero el saludar á los muertos, el verlos en espíritu alrededor del hogar, el oírlos en el viento de las noches, el invocarlos tanto al principio como al fin de las comidas y de las cenas, indicaba muy claramente la perfecta convicción de que una parte principalísima del alma se quedaba en los recuerdos y en la memoria de cuantos vivían, mientras otra parte se iba como con alas resistentes y eternas á otro mundo mejor. El muerto, según nos asegura Cicerón, el muerto resulta un dios en las creencias antiguas, y sus descendientes resultan el sacerdocio de ese dios.

Insistamos en el fuego sagrado, porque distingue, y mucho, á la familia entre los antiguos de la familia entre los modernos. Realmente la vida no podría tejerse, las especies organizarse, los mundos henchirse de seres varios, resplandecer los soles en el espacio infinito, si el éter no lo esclareciera todo